

4- EL MUNDO GRECOLATINO

El sueño imperial romano y su prolongación

Junto a la religión o a las tradiciones sociales, un elemento fundamental para la comprensión del pasado europeo es el ansia de poder, más concretamente del imperio, máxima acumulación imaginable de aquél. La sombra del imperio ha planeado sobre Europa desde antes del ascenso de Roma como su principal potencia dominadora, pero sobre todo después...

Tras las guerras médicas, que enfrentaron a persas y griegos con victoria de éstos últimos a comienzos del siglo V a.C., Atenas se convirtió en la polis hegemónica, a través de la liga de Delos, sobre otras 400 polis griegas a las que impuso el régimen democrático, determinados magistrados y una serie de tributos que no siempre aceptaron de buena gana. Se daba así la paradoja de que una ciudad-Estado democrática (al menos hasta cierto punto) actuaba de forma imperialista y obligaba a cierta homogeneidad política y de costumbres a la mayor parte de Grecia. De ahí surgió la rivalidad con Esparta que condujo a la guerra, a la derrota y al fin del siglo de oro ateniense.

Pero aunque los romanos respetaron la prestigiosa herencia de Atenas (la ciudad tuvo un estatuto democrático especial durante el Imperio), el modelo que Roma tomó para llevar a cabo su sueño imperial fue, sin duda, la figura de Alejandro Magno, rey de Macedonia, que logró imponerse de manera definitiva sobre todas las polis griegas, conquistar el imperio persa y situar los límites de su nuevo imperio en la lejana India.

En la mente de muchos emperadores romanos seguían vivas las hazañas militares de Alejandro y su milagrosa cabalgada por oriente hasta el formar el mayor imperio de su tiempo. Alejandro Magno consiguió reunir en una sola entidad política no sólo a antiguos enemigos viscerales como habían sido los griegos y los persas, sino a dos sistemas opuestos: el absolutismo pragmático de los reyes de Persia y el rigor institucional de los griegos. En la fusión se perdió lo que pudiera quedar de democrático en el espíritu helénico.

El imperio de Alejandro, propiamente dicho, sólo se mantuvo mientras su creador conservó la vida. Su personalidad cambiante y extrema (que igual podía organizar con precisión a miles de hombres y diseñar el destino común de pueblos diversos, que destruir inútilmente ciudades como Persépolis en noches de borrachera) trajo siempre quebraderos de cabeza a sus generales. Se negaron a seguirle a la conquista de la India. Para él no había límites que no pudieran rebasarse e incorporar a su dominio. Soñó el imperio universal. Pero fue un alivio para todos cuando murió en Susa, después de contraer una de las numerosas enfermedades que oriente tiene reservadas para los forasteros. Las monarquías helenísticas que sucedieron al imperio de Alejandro mantuvieron unos lazos comerciales, culturales y artísticos que difundieron el saber griego por todo el mundo conocido a lo largo de los últimos tres siglos anteriores a nuestra era. A la conquista militar siguió, pues,

la conquista cultural. La herencia griega se extendió más allá de su presencia física, y los romanos admiraron este logro, que convirtieron en un objetivo primordial de su política, especialmente algunos emperadores.

Pero Roma no era, por principio, el imperio. Era un pueblo que se había fraguado a lo largo de cinco siglos precisamente en torno a la idea de rechazo de la acumulación del poder en una sola persona. La ciudad consiguió, a finales del siglo VI a. C., su independencia frente a la monarquía etrusca de los Tarquinius, que fue expulsada con el juramento solemne de los patricios, jefes de las principales familias de la ciudad, de rechazar cualquier intento de vuelta a la tiranía monárquica. La República romana se fundaba sobre este juramento, y más tarde, tras las luchas civiles que enfrentaron a patricios y plebeyos, en un orden político y jurídico muy complejo de predominio aristocrático mantenido por el poder del senado, pero no exento de representatividad para otros sectores sociales, a través de los numerosos comicios (curiales, centuriales y tribales), magistrados plebeyos y asambleas de ciudadanos que garantizaban que el Estado romano fuera una verdadera *Res publica*, es decir, cosa de todos.

La experiencia romana, a través de sus leyes, su jurisprudencia y sus anales históricos, es un foco de aprendizaje y referencia para toda la historia de Europa, y contando con su recuerdo y su luz se han levantado los principales edificios políticos en el continente.

Sin embargo, las instituciones de gobierno la ciudad fueron sorprendidas por la rápida expansión que tuvo lugar en el siglo I a. C. Y la maquinaria representativa se rompió por su punto más débil, menos democrático, por los magistrados encargados de poner en práctica las decisiones del pueblo. Aunque estaba pensado que estos gobernantes (especialmente los cónsules, detentadores colegiados del poder ejecutivo que daban nombre al año) fueran dobles, siempre para evitar el peligro monárquico, tras las insignias militares romanas que indicaban SPQR (*Senatus populusque Romanum*), es decir, que se actuaba en nombre de toda la ciudad, muchos cónsules y generales terminaron buscando intereses políticos personales contrarios a las instituciones republicanas.

De las guerras civiles a la *pax romana*

La conquista de extensas provincias como Hispania o la Galia Transalpina dio a los jefes militares que la llevaron a cabo un prestigio en Roma y un poder real que comenzó a desvirtuar los fundamentos del Estado romano. Pompeyo conquistó enormes extensiones de tierra para Roma en oriente, y explotó vanidosamente su semejanza con Alejandro Magno en fama bélica e incluso en aspecto físico, haciéndose apellidar desde entonces Magno. Por su parte, Julio César había llevado el poder de Roma hasta Britania, actuando entre los galos como un verdadero rey, más que como representante de la República romana.

En el -60 se funda el primer triunvirato entre César, Pompeyo y Craso, enemigos en realidad, pero capaces de llegar al acuerdo de excluir al resto de competidores del poder total, contrayendo nupcias que los unían (la hija de César, Julia, casó con Pompeyo) y repartiéndose las provincias como procónsules. Es el primer paso para desvirtuar la República, más claramente que lo habían hecho antes Mario y Sila, cónsules enfrentados el uno al otro, iniciadores de las guerras civiles. El imperio del pueblo romano sucumbía en

este primer siglo antes de Cristo a causa de su grandeza, se rompía desde su interior por las ambiciones de los jefes de ejército. Una cosa quedaba clara, en todo caso, que el destino de Roma quedaba en manos de tiranos militares. El ejército no estaba al servicio del senado y del pueblo de Roma, como formalmente se declaraba, sino que las legiones eran pagadas directamente por César o Pompeyo, y sólo a ellos debían obediencia. Las fortunas personales de Craso o de César eran incalculables. En el caso de Julio César, provenía en gran medida de los botines de guerra, y fue suficiente para salvar los obstáculos que le impedían ejercer la dictadura.

Muerto Craso en una campaña contra los partos en oriente, Pompeyo destituyó a César con apoyo del senado, pero el conquistador de las Galias no lo aceptó. Marchó sobre Roma tras el famoso paso del río Rubicón (donde pronunció su famosa frase *Alea jacta est*) y persiguió a las huestes de Pompeyo por todo el mundo conocido hasta su aniquilamiento. Fue el momento del consulado de Julio y de César, según comentaban sarcásticamente sus críticos.

César utilizó para sí el término *Imperator*. Verdaderamente hasta ese momento no se había podido aplicar con propiedad esa palabra en occidente. Su imperio, su poder, lo era tanto en extensión como en intensidad, pues nada se pudo oponer a su voluntad de dominio y a todos los países bañados por el Mediterráneo llegaban sus tentáculos.

Pagó con su vida ejercer el máximo poder en solitario, y apoyarse en el elemento popular, al ser asesinado por veintitrés puñaladas en el senado el 15 de marzo de -44. Parece que él mismo conocía su destino y las fuerzas que conspiraban contra él, pues declaró poco antes de su muerte: “Mi vida ha sido ya lo bastante larga, tanto si se cuenta en años como en gloria”. Capitaneó el complot Bruto, hijo de Servilia, amante de César. Pompeyo había matado a su padre y Julio César estuvo a punto de casarle con su hija Julia, antes del giro de alianzas y de su matrimonio con el mismo Pompeyo. Bruto pudo actuar por rencor personal, pero también convencido de prestar un servicio a los principios de la República, junto a otros magnates menos desinteresados.

Sin embargo, la dictadura estaba en la lógica interna de la evolución de Roma, y el nuevo triunvirato que se formó tras el asesinato de César no trajo la paz sino una nueva guerra civil. Tras la derrota de Marco Antonio por el sobrino-nieto de César, Octavio Augusto, éste hizo efectiva de nuevo la dictadura, bajo el título de *Princeps*, concentrando todo el poder en su persona, apoyado, eso sí, por una nueva oligarquía dispuesta a sostenerle y muchísimo dinero. Era una verdadera revolución de una minoría de poderosos, en esencia de tres o cuatro familias, entrelazadas por estudiados vínculos matrimoniales, que tomaron para sí todo el poder. Cuando no tuvo ya ninguna oposición, Augusto disfrazó la dominación única, el despotismo, con el mantenimiento de las leyes e instituciones republicanas, pero de hecho nada se hacía en Roma sin su aprobación e iniciativa.

El Principado resolvió las constantes guerras civiles, la lucha entre dos personalidades, y sobre todo de dos partidos. El cambio de propiedades y fortunas en este momento es drástico y violento, lo que nos sugiere que detrás de los hechos relativos a los emperadores, a los que nos vamos a referir por ser más conocidos, había mucho mar de fondo, el de sus colaboradores, y en primer lugar la mujer de Augusto, Livia, que fueron tal vez los que determinaron ese cambio entre la República y el Imperio.

Incluso los republicanos más convencidos aceptaron el principado, pues les daba la mayor estabilidad, aun a costa de la libertad política, de la que, en realidad, sólo habían gozado unos pocos alguna vez. Además, la paz y la prosperidad de los negocios mundiales de Roma, repartió beneficios entre comerciantes y financieros, aunque la mayoría pertenecientes al grupo dominante. El desplazamiento de la política efectiva fue aceptado en nombre de la paz y de cierta garantía de estabilidad política. Pero, como veremos, la estabilidad no se conseguirá fácilmente, a pesar de todo.

La caprichosa tiranía de los emperadores

Tras la muerte de Augusto en el año 14 d.C. fue declarado dios, como se había hecho con Julio César. Le sucede inmediatamente su hijastro e hijo adoptivo Tiberio, pero la lógica de la existencia del poder absoluto y divinizado parece conducir al crimen pues, según muchos testimonios, Tiberio no comunicó oficialmente la muerte de Augusto hasta que su posible competidor, el joven Agripa Póstumo, fue asesinado. También por entonces murió envenenado uno de los más afamados generales romanos, Germánico, hijo de una sobrina de Augusto, el más firme candidato al trono imperial además de Tiberio.

No obstante, Tiberio se comportó, al principio y al menos aparentemente, como monarca constitucional, dando cuenta al senado de su actuación gubernativa y manifestando muy a menudo que no era sino servidor del Estado. Claro que el que se lo recordaba tenía sus días contados. Tras la muerte de Druso, su hijo, Tiberio cambió radicalmente. Con más de sesenta años, abandonó Roma y se fue a Capri según algunos para ocultarse por su aspecto físico, pues tenía el cuerpo arqueado y la piel de la cara llena de llagas purulentas y manchas, y para entregarse allí con más intensidad a su crueldad y lascivia. En Roma, colaboradores ambiciosos de Tiberio como Seyano se imponían al Senado y provocaban la muerte de los posibles herederos. Dos de los hijos de Agripina, esposa de Germánico, fueron encarcelados y ejecutados. Ella se suicidó. Pero poco más tarde se ejecutó a Seyano y a sus partidarios, de forma masiva.

Tiberio hizo un testamento doble, al ceder el poder a Calígula, hijo menor de Agripina y Germánico, y al jovencísimo Tiberio Gemelo, su nieto. Pero Calígula se encargó de que antes de un año, éste último fuera asesinado.

Calígula irrumpió en el poder con gran popularidad entre los soldados y la plebe, pues era uno de los pocos descendientes vivos de la familia de Germánico, que había sido casi extinguida por los asesinatos. Y se encargó de incrementar esta popularidad con el derroche de enormes fortunas en espectáculos circenses, homenajes y extravagancias. Se decía que en Capri había compartido con Tiberio las delicias de la contemplación de los sufrimientos de los torturados y ejecutados, además de los adulterios, festines desproporcionados y otros escándalos. Siendo aún adolescente, le sorprendieron en incesto con su hermana, Drusila, con la que vivió como esposa, y al mes de ser emperador obligó a suicidarse a su abuela, según parece porque su cabeza no le sentaba bien a sus hombros.

También murió Drusila, lo que trastornó a Calígula, según se dice, mostrándose a partir de entonces tiránico y arbitrario, confiscando y ejecutando a hombres ricos y poderosos con el único fin de pagar sus gastos (se cuenta que una mañana se despertó con aversión a los calvos, y mandó a bastantes a ser devorados por las fieras en el circo). Nombró cónsul a su caballo, lo que era un claro insulto a las instituciones, fue aclamado

por victorias que no existieron ni siquiera como batallas, se nombró dios (lo que provocó una rebelión en Judea y otra en Egipto) y organizó algunos espectáculos en que aparecía como una divinidad grotesca. Pero seguramente se comportó así conociendo su poder imperial absoluto frente a un Senado cada vez más inerme. Cuatro años pudo mantenerse su reinado, hasta que fue asesinado por un complot bien urdido.

Calígula mostró hasta dónde se puede llegar cuando el poder es total, y el imperio sufrió en su entraña su más profunda contradicción: el estar detentado por los personajes más enloquecidos, los más capaces de llevar hasta el final su ambición, por encima de todo y de todos. Desde entonces, ese peligro pesa sobre todo poder supremo, y la Historia nos ha brindado elocuentes ejemplos.

A Calígula le sucedió Claudio, hermano menor de Germánico que hasta ese momento había estado apartado de la vida pública debido a sus presuntas deficiencias físicas y a sus extraños caprichos. Como emperador, su actividad militar no fue despreciable, fundamentalmente en Britania (lo que le valió a él, y después a su hijo el sobrenombre de Británico), y también fue muy efectiva su labor en la administración, en la mejora en el abastecimiento de grano y las obras públicas y en el saneamiento de las finanzas imperiales a través de una nada disimulada centralización. Sin embargo, sobre él dominaron sus esclavos libertos, que se enriquecieron escandalosamente, y sus esposas, a las que se hace últimas responsables de la muerte de 35 senadores y de más de 300 miembros de la clase ecuestre. Especialmente mortífera fue su tercera mujer, Mesalina, que finalmente fue condenada por traición, tras un presunto matrimonio celebrado sin divorciarse de Claudio.

Tras la ejecución de Mesalina, Claudio se casó con su sobrina Agripina, hija de Germánico (y Agripina). Tenía ésta un hijo, el futuro emperador Nerón, y Agripina actuó con crueldad y prepotencia, situando a personas fieles a ella y a su hijo en puestos decisivos. Nerón se casó muy joven con la hija de Claudio, Octavia, y, segura ya de la herencia de su hijo, Agripina envenenó con setas a Claudio, mientras Nerón se burlaba cuando aludía a las setas como “manjar de dioses”. Poco después murió Británico, también envenenado, junto con otros parientes de la familia imperial, siempre obra de Agripina. Pero ella misma fue obligada por su hijo a abandonar la corte. Nerón se enamoró de la ambiciosa Poppaea, le prometió casarse con ella y envió a su esposo a Lusitania. Agripina desaprobó el divorcio, por lo que Nerón asesinó a su madre, incitado por Poppaea.

Nerón se ocupaba sobre todo de la música y de los juegos gimnásticos, en los que siempre salía victorioso, incluso en competiciones en las que no participaba (casi dos mil primeros premios en unos juegos celebrados en el 67). Una monografía muy actual justifica los espectáculos sangrientos de los romanos como elemento intrínseco de una cultura desarrollada, como sucede hoy día con el cine y la televisión, en lo que podría considerarse una auténtica economía de la sangre, pues evita desórdenes y guerras. Estemos de acuerdo o no, en el caso de Nerón es difícil explicar indulgentemente las crueldades circenses que organizó, así como las repetidas tandas de asesinatos y confiscaciones, que terminaron obligando a Octavia a pedir el divorcio. Fue asesinada a continuación. Estando embarazada, Poppaea murió de una patada que Nerón le dio en un momento de cólera.

En julio de 64 Roma sufrió un devastador incendio, en lo que probablemente Nerón tuvo alguna responsabilidad. Su actuación despiadada contra los cristianos, a los

que se culpó de provocar el fuego, terminó creando simpatías de plebe hacia ellos. Hay que destacar sus disposiciones urbanísticas posteriores, todo sea dicho. Nerón fue un gran constructor y un innovador en materia arquitectónica y urbanística. Amante y mecenas de las artes y de las letras, se rodeó de las mentes más exquisitas de su tiempo, y sorprende el contraste entre un espíritu tan refinado y el asesinato de su madre, de su esposa, de su amante embarazada, de su mentor Séneca y otros ilustres literatos y senadores de su entorno y toda la crueldad personal que mostró en el incendio de Roma y en días sucesivos.

Nerón se suicidó en el año 68, y le siguió un momento de marasmo político (cuatro emperadores en un año) que preludiaba, con mucha anticipación, la crisis final del imperio. Detrás de las esperpénticas o macabras anécdotas, el Estado romano se había convertido en una mascarada trágica, sobre todo trágica para aquellos que habían confiado en la estabilidad del poder de las instituciones, y en los que soñaron con el ideal estatal civilizador que se había fraguado a lo largo de cinco siglos en la ciudad eterna.

En el mejor de los casos, se trató de mantener el imperio dentro de sus límites, como tantas veces declararon los emperadores, pero esta situación era difícil de definir, en primer término, pues ¿dónde estaba el *limes* de Roma, teniendo en cuenta la permeabilidad inevitable y el influjo a larga distancia de su civilización?, y por otro, más difícil todavía era mantener ese límite de forma permanente, pues cuando más se fortalecen los muros, más tentación hay de derribarlos entre los pueblos que están al otro lado. No lo consiguió la muralla china ni tampoco las legiones romanas. Probablemente sea una pretensión vana en la Europa de hoy día, al mismo tiempo que se desmontan muros interiores, levantar uno más alto con pretensiones de eficacia en torno a la Unión Europea, pues es sabido que es cotidianamente horadado, por más fosos naturales (como el estrecho de Gibraltar) o falta de puentes legales que lo intenten mantener.

Decadencia y supervivencia de la idea imperial.

Lo sorprendente en la Roma imperial es que se mantuviera hasta el final la ficción de la subsistencia de las instituciones republicanas, que en periodos de crisis actuaron salvaguardando la cohesión y la moral públicas, hasta que los problemas se fueron acumulando más y más. Muy complicado se presentó, casi desde el principio del imperio, mantener la presión germánica. Pero la verdadera debilidad, agudizada a partir de la crisis del siglo III fue, ante todo, interior. Los problemas económicos, la pérdida de ley en la moneda, la inflación y la subida de precios consiguiente, la asfixiante presión fiscal, el abandono del comercio y las ciudades, etc. Todo estaba motivado más por la crisis política interior que por la presión bárbara. Pero ciertamente influyeron mucho los gastos militares y el poder que los generales, allá en las frías e incómodas orillas del Rin, llegaron a tener frente a la vida muelle de los emperadores en la ciudad de Roma. La consecuencia lógica es que los militares terminaban por asesinar al emperador y a suplantarle, hasta que un nuevo caudillo castrense repetía el ciclo de poder entre los soldados, marcha sobre Roma, asesinato y coronación.

Otra forma de verlo muy sugerente es concebir la crisis romana del siglo III como una cuestión tecnológica. Si los romanos hubieran contado con tanques o aviones a reacción tal vez no hubieran necesitado tantos soldados, y hubiera sido posible mantener económicamente el imperio. Se achaca al esclavismo la falta de desarrollo tecnológico de

los romanos. Era más barato tener esclavos que desarrollar nuevas patentes y máquinas, hasta que fue demasiado tarde, tanto por la escasez de esclavos, pues sus señores los liberaban ya que no podían mantenerlos, como por la presión exterior que impidió el desahogo económico para invertir en investigación (diríamos en términos actuales) y producir un rápido desarrollo tecnológico e industrial.

El mayor intento de evitar este divorcio entre pueblo, ejército y poder imperial tal vez lo dio Diocleciano, a finales del siglo III, con su espíritu organizador, y Constantino, tras el Edicto de Milán de 313, mediante su eficaz alianza con la Iglesia. A partir de ese momento, el pueblo no sólo luchaba por su emperador sino también, al hacerse defensor de la fe, el soldado cristiano ya no era objetor de conciencia, sino defendía su cristianismo con las armas en la mano.

Todo fue inútil a largo plazo, especialmente después del pánico que provocaron las hordas de Atila, que con su ejército de más de un millón de hombres a caballo, sembró el terror entre los germanos que irrumpieron violentamente en la zona occidental del imperio, resquebrajando definitivamente el poder de Roma en su mitad oeste. De nuevo desde Asia venía el impulso arrollador que obligaba a Europa a transformarse.

Se mantuvo el imperio oriental, Bizancio, que continuó durante un milenio la tradición romana, y particularmente de su derecho, situando pues la duración del Estado romano en 2000 años, entre el -500 y el 1453, fecha de la caída de Constantinopla..

No obstante, una institución fundamental de nuestro tiempo, como sigue siendo la Iglesia Católica, continúa no sólo con algunas de aquellas tradiciones, sino con su estilo, su idioma, sus bendiciones *urbi et orbi* (a la ciudad y al mundo, es decir, Roma), sus túnicas, sus curias, su estructura jerárquica, sus diócesis (provincias romanas), el poder cuasisagrado de su principal dirigente, su ostentación aparentemente contraria a la pobreza e igualitarismo cristianos.

No es la única herencia. El carácter remodelador del Imperio romano lleva en la Edad Media a la lucha por la hegemonía contra el poder de los papas romanos, en perfecta simbiosis, sin embargo, con las estructuras feudales que tenían raigambre céltica y germánica. Y lo mismo sucederá en la Edad Moderna con la irrupción de las monarquías autoritarias, que mantienen precisamente esa pugna en nombre de principios nacionales perfectamente basados en el derecho romano. La Revolución Francesa se hizo en nombre de la República, en clara alusión a la romana, y utilizó su lenguaje, sus símbolos, su arte (el neoclásico) y hasta sus líderes (Graco, en la revuelta de los iguales de 1795, o Napoleón, coronado emperador en Roma). El gobierno de los Estados Unidos se encuentra en un edificio llamado el Capitolio, y no es la única referencia a Roma en la capital de este país. Parece, pues, que el espíritu romano seguirá presente como una sombra o una luz a lo largo de toda la historia de Europa y del mundo (y su proyección en el futuro... véase la serie Star wars, hasta cierto punto inspirada en la historia del mundo clásico).

En la Roma de 1957, se celebró el primer tratado del Mercado Común Europeo, embrión de la actual Unión Europea. No podía producirse la firma del pacto en un lugar más significativo. Y cuando se buscaron unas señas de identidad comunes se pensó por algún momento en que la lengua de la futura unión debía ser el latín, aunque la idea desechada inmediatamente.

El rechazo a todo imperio por amplios grupos existentes en su seno es una constante a lo largo de la historia desde su aparición, como hemos visto en el caso de Roma. Pero lo cierto es que esta organización ha mostrado su eficacia, siempre que tenga la suficiente permeabilidad para tomar en consideración las tendencias que vienen desde abajo, y se reflejen en lo más alto del poder, produciéndose así su renovación social, política e ideológica.

Esperemos que la Europa actual (que algún profesor malévolo ha llamado el IV Reich), sepa evitar el aislamiento de los grupos en el poder en el que cayeron los emperadores romanos, y con este intercambio de ideas entre el gobierno y los gobernados pueda afrontar los retos que se le plantean en este siglo XXI, no sólo desde el punto de vista económico, sino en todo lo que necesita el planeta y los seres humanos que lo habitamos para evitar su destrucción.

BIBLIOGRAFÍA Y DIRECCIONES EN INTERNET

Asimov, Isaac (1981): *El imperio romano*. Madrid, Alianza.

Camus, Albert (1949): *Calígula*. Buenos Aires, Losada.

Carcopino, Jérôme (1989): *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*. Madrid, Temas de Hoy.

Graves, Robert (1979): *Yo, Claudio*. Madrid, Plaza & Janés.

Hanoune, Roger y Scheid, John (1999): *Nuestros antepasados los romanos*. Barcelona, Ediciones B.

Montanelli, Indro(1985): *Historia de Roma*. Madrid, Plaza & Janés.

Pagden, Anthony (2001): *Pueblos e imperios*. Barcelona, Mondadori.

Petit, Paul (1982): *Historia de la Antigüedad*. Barcelona, Labor.

Roldán, José Manuel (1981): *La Republica romana*. Madrid, Cátedra.

Stierlin, Henri (2002): *El Imperio Romano. Desde los etruscos a la caída del Imperio Romano*. Taschen, Singapur.

Suetonio (1978): *Vida de los doce césares*. Barcelona, Juventud.

Syme, Ronald (1989): *La revolución romana*. Madrid, Taurus.

Walter, Gérard (1994): *Julio César*. Barcelona, Planeta.

Wells, Colin (1986): *El Imperio Romano*. Madrid, Taurus.

http://www.geocities.com/historia_imperia/roma/13/13.html

<http://www.ucm.es/info/antigua/roma.htm>

http://www.lafacu.com/apuntes/historia/Historia_de_roma/default.htm

TEXTOS

Emperadores romanos de Augusto a Diocleciano

27 a.C.-14 d.C.	Augusto	Dinastía Julio-Claudia
14 d.C.- 37	Tiberio	“ “
37-41	Gayo (Calígula)	“ “
41-54	Claudio	“ “
54-68	Nerón	“ “
68-69	Galba	69, año de los cuatro emperadores
69	Otón	“ “
69	Vitelio	“ “
69-79	Vespasiano	“ “ Dinastía Flavia
78-81	Tito	“
81-96	Domiciano	“
96-98	Nerva	
98-117	Traiano	Emperadores elegidos y adoptados
117-138	Adriano	“ “ “
138-161	Antonino Pío	“ “ “
161-180	Marco Aurelio	“ “ “
161-169	Lucio Vero (coemperador)	“ “ “
178-193	Cómodo (178-180, coemperador con su padre)	
193	Pértinax	
193	Didio Juliano	
193-211	Septimio Severo	Dinastía Severa (excepto Macrino)
198-217	Caracala (198-211, coemperador con su padre)	“
209-212	Geta (209-211, coemperador con su padre y hermano; 211-212 con su hermano)	“
217-218	Macrino	
218-222	Heliogábalo	“
222-235	Severo Alejandro	
235-238	Maximino	Cincuenta años de anarquía militar
238-284	(unos veinte emperadores)	“ “
284-305	Diocleciano y colegas	

Fuente: Colin Wells, *El Imperio Romano*.

La renuncia a la libertad

“‘Pax et Princeps’. Era el final de un siglo de anarquía, coronado por veinte años de guerra civil y de tiranía militar. Si el precio era el despotismo, no era demasiado alto; para un romano patriota, de sentimientos republicanos, incluso la sumisión a un poder absoluto era un mal menor que la guerra entre ciudadanos. La libertad se había perdido, pero sólo una minoría había gozado de ella en Roma alguna vez. Los supervivientes de la vieja clase gobernante, descorazonados, abandonaron la lucha. Resarcidos por las ventajas reales de la paz y por la evidente terminación de la época revolucionaria, estaban dispuestos, si no a participar activamente en su formación, sí a aceptar el nuevo gobierno que una Italia unida y un Imperio estable exigían e imponían. El reinado de Augusto aportó múltiples beneficios a Roma, a Italia y a las provincias. Y, sin embargo, el nuevo régimen, o ‘novus status’, era fruto del fraude y del derramamiento de sangre, estaba basado en la conquista del poder y la redistribución de la propiedad por un líder revolucionario”.

Ronald Syme, *La revolución romana*.

La arbitrariedad del poder imperial, en *Calígula* de Camus

“EL INTENDENTE (*con voz insegura*).- Te... te buscábamos, César

CALÍGULA (*con voz breve y cambiada*).- Ya lo creo.

EL INTENDENTE.- Nosotros.. es decir...

CALÍGULA (*brutalmente*).- ¿Qué queréis?

EL INTENDENTE.- Estábamos inquietos, César.

CALÍGULA (*acercándose*).- ¿Con qué derecho?

EL INTENDENTE.- ¡Oh... (*súbitamente inspirado y muy rápido*.) En fin, de todos modos, bien sabes que debes arreglar algunas cuestiones concernientes al Tesoro Público.

CALÍGULA (*en un acceso de risa*).- ¿El Tesoro? Pero es cierto, claro, el Tesoro; es fundamental.

EL INTENDENTE.- Ciertamente, César.

CALÍGULA (*siempre riendo, a CESONIA*).- ¿No es verdad, querida, que es muy importante el Tesoro?

CESONIA.- No, Calígula, es una cuestión secundaria.

CALÍGULA.- Pero es que tú no entiendes nada. El Tesoro tiene un poderoso interés. Todo es importante; ¡las finanzas, la moral pública, la política exterior, el abastecimiento del ejército y las leyes agrarias! Todo es fundamental. Todo está en el mismo plano: la grandeza de roma y tus crisis de artritis. ¡Ah! Me ocuparé de todo. Escúchame un poco, intendente.

EL INTENDENTE.- Te escuchamos (LOS PATRICIOS *se adelantan*).

CALÍGULA.- ¿Me eres fiel, verdad?

EL INTENDENTE (*en tono de reproche*).- ¡César!

CALÍGULA.- Bueno, pues tengo un plan que proponerte. Vamos a revolucionar la economía política en dos tiempos. Te lo explicaré intendente..., cuando hayan salido los patricios.

(LOS PATRICIOS *salen*)

CALÍGULA *se sienta junto a CESONIA*.

CALÍGULA.- Escúchame bien. Primer tiempo: todos los patricios, todas las personas del Imperio que dispongan de cierta fortuna -pequeña o grande, es exactamente lo mismo- están obligados a desheredar a sus hijos y testar de inmediato a favor del Estado.

EL INTENDENTE.- Pero César...

CALÍGULA.- No te he concedido aún la palabra. Conforme a nuestras necesidades, haremos morir a esos personajes siguiendo el orden de una lista establecida arbitrariamente. Llegado el momento podremos modificar ese orden, siempre arbitrariamente. Y heredaremos.

CESONIA (apartándose).- ¿Qué te pasa?

CALÍGULA (*imperturbable*).- El orden de las ejecuciones no tiene, en efecto, ninguna importancia. O mas bien, esas ejecuciones tienen todas la misma importancia, lo que demuestra que no la tienen. Por lo demás, son tan culpable unos como otros. (Al INTENDENTE, *con rudeza*). Ejecutarás esas órdenes sin tardanza. Todos los habitantes de Roma firmarán los testamentos esta noche, en un mes a mas tardar los de provincias. Envía correos...

EL INTENDENTE.- César, no te das cuenta...

CALÍGULA.- Escúchame bien, imbécil. Si el Tesoro tiene importancia, la vida humana no la tiene. Está claro. Todos los que piensan como tú deben admitir este razonamiento y considerar que la vida no vale nada, ya que el dinero lo es todo. Entretanto, yo he decidido ser lógico, y como tengo el poder, veréis lo que os costará la lógica. Exterminaré a los opositores y a la oposición. Si es necesario, empezaré por ti.

EL INTENDENTE.- César, mi buena voluntad no admite duda, te lo juro.

CALÍGULA.- Ni la mía, puedes creerme. La prueba es que consiento en adoptar tu punto de vista y considerar el Tesoro Público como un objeto de meditación..."

Albert Camus: *Calígula*, acto primero